

Perros búfalo

Lawrence M. Schoen

Traducido por Nicolau Rodrigues

Ser arrestado unos pocos días antes de volver a la Tierra era lo último que tenía en mente. Durante tres semanas y media había estado trabajando en el “Pequeño Perrito,” el único salón del espaciopuerto en Gibrahl. Mi contrato estipulaba dos actuaciones cada noche, con una matinee adicional los sábados. Los domingos libraba. Un día en Gibrahl dura unas veinticuatro horas más o menos, pero las semanas tienen ocho días en vez de siete. Mi agente allá en la Tierra no se había fijado en lo del día extra antes de conseguirme un contrato que pagaba por semanas. Eso significaba que las dos actuaciones que tenía que hacer el Gibsdía eran gratis; todo el trabajo a cambio de nada.

El cartel de fuera rezaba “EL INCREÍBLE CONROY, MAESTRO HIPNOTIZADOR” y alrededor del texto había un círculo de coloristas líneas en un intento descarado de llamar la atención. Funcionaba. Mis públicos menores eran decentes, y los mayores llenaban el lugar. Sitios como Gibrahl están siempre hambrientos de cualquier tipo de entretenimiento, y un hipnotizador en el escenario puede conseguir bastante dinero.

Los humanos en mi público estaban todos en Gibrahl por lo mismo. Todos ellos estaban de alguna manera metidos en el negocio de perros búfalo. Los bufalitos eran el único recurso natural de Gibrahl, la única mercancía capaz (directa o indirectamente) de traer gente aquí. Era un mundo colonial, pero no era nuestra colonia. Gibrahl pertenecía a los arcones, y la presencia humana estaba limitada a una única base de un kilómetro cuadrado. Los arcones fijaban las reglas, y mientras ellos tuvieran algo que la Tierra quería nosotros las respetábamos como buenos humanos. Por eso me arrestaron.

Ese mismo día los arcones habían detenido a un guía de perros búfalo por intento de contrabando. El consulado terráqueo insistió en que era una confusión en el papeleo, pero los arcones poseen una cierta facultad psíquica para sentir la verdad y descubrieron alguna otra cosa. El hombre había sido juzgado, declarado culpable, y ejecutado antes de mi actuación de la cena.

Todo el mundo necesitaba una distracción, y para bien o para mal yo lo era. Empecé con unas pocas bromas para romper la tensión y tranquilizar a la gente. Ver a un hipnotizador, incluso como un entretenimiento, tiende a hacer que algunos se pongan nerviosos, como si con sólo un arqueamiento de cejas yo pudiera hacer que los hombres revelaran sus más oscuros secretos o las mujeres se lanzaran a mis brazos. Ni en sueños. Se dice que Anton Mesmer podía hacer ese tipo de cosas siglos atrás. Seguramente sólo ocurría que él tenía un mejor agente que yo. En cuanto a mí, yo necesito una inducción convincente y unos buenos cinco minutos de calma relativa, por no mencionar un coche esperándome fuera por si la cosa no va bien. El chantaje y la seducción hipnóticas pueden funcionar para los buenos videos, pero en la vida real ceñirse al guión es bastante más seguro. Eso no quiere decir que nunca lo haga por afición o que no improvise, sólo que no lo hago en las actuaciones. Después, es otro

asunto. Siempre instalo una puerta trasera post-hipnótica cuando actúo; nunca se sabe cuándo será útil. Incluso unas semanas después puedo susurrar la frase mágica y listos, vuelves al estado de trance y maravillosamente abierto a la sugestión. Qué puedo decir, me encanta mi trabajo.

Esa noche había varias mesas con arcones, como en todas mis representaciones. Cincuenta actuaciones y ninguno de ellos había reído, ni siquiera había esbozado una sonrisa. Y eso que sí podían reír, estaba bastante seguro de ello. Los arcones parecen humanos largos y estirados, como algo reflejado en los espejos de las ferias. Las tecs de la piel abarcan una gama de sombras blanquecinas, desde el color de la cáscara de huevo hasta el ocre, y su pelo es generalmente el negro azulado de los cómics de superhéroes. Tienen boca, labios y dientes, y por lo que sé los utilizan para las mismas cosas que nosotros, pero nunca les he visto sonreír. No es que no disfrutaran de la actuación, es que que no podían entenderla. Por su sentido de la verdad. Los arcones siempre saben si se les dice la verdad o no. Entre ellos nunca mienten, simplemente no pueden. Es un pequeño detalle, pero cuando empiezas a pensar en las consecuencias de ello te das cuenta de qué lugar ocupa la mentira en la historia humana.

La sociedad arcón prácticamente desconoce el crimen. Hay crímenes pasionales, por supuesto, como nosotros, pero nada premeditado sale a la luz cuando el juez te pregunta si lo hiciste. Para los arcones, el concepto de mentir les era desconocido hasta que empezaron a comerciar con los humanos. Nos encuentran fascinantes, completamente extraños. Es como saber cómo funciona las agallas, un bonito e inofensivo objeto de conocimiento que sabes que no se te aplica pero que abre interesantes posibilidades teóricas.

Bastantes arcones daban un gran valor a ver a un hipnotizador hacer que la gente creyera cosas que son obviamente falsas. Venían a montones al distrito humano a ver mis actuaciones cada noche desde que había llegado. Las primeras dos noches traje unos pocos al escenario. Se comportaron como los humanos. No tuve ningún problema en hacer que cloquearan como gallinas, pero no podían aceptar sugestiones que violaran su realidad objetiva. No podían creer que de verdad se habían convertido en niños. Sin imaginación, totalmente con los pies en el suelo. O sea, que hacían que fuera aburrido, así que dejé de tomarles como voluntarios.

De todas maneras, estaba haciendo mi actuación de costumbre en la última semana de la gira. Diez minutos después de empezar ya tenía a dos jóvenes secretarias, un prestamista de edad, y una guardia de seguridad conmigo en el escenario, todos ellos en trance profundo. Les dije a las secretarias que eran diplomáticas arcones y que me tenían que explicar el plan para la ilustración humana. No había tal cosa, por supuesto, pero ninguna de las secretarias/diplomáticas lo sabía, y empezaron a improvisar y explicar todo tipo de sinsentidos con gran sinceridad mientras la parte humana de la audiencia reía a carcajada limpia.

Las secretarias acabaron su representación y recibieron un estruendoso aplauso de los humanos en el público. Les di las gracias y las acompañé a sus sillas en la platea, donde les había asegurado que estaba la embajada arcón que iba a la Tierra. Las saqué del trance profundo. Habían hecho un gran trabajo, sorprendentemente original e inteligente, y el público estaba expectante por ver qué sucedería a continuación. Me giré hacia la guardia de seguridad y, después de un guiño y sonreír al público, empecé con sus instrucciones.

“Butterscotch Melpomene,” le susurré, usando la frase clave que le había implantado al principio de la actuación. Su postura cambió, no tanto un movimiento como una actitud. Aunque estaba completamente relajada se la notaba dolorosamente alerta. Me volví al público y los saludé con la mano, como señalándoles que ahora empezaba lo bueno.

“Eres una nativa de Gibrahl,” le dije en mi voz de escenario, con tonos suaves y ecos

rimbombantes. “Eres inteligente y capaz de hablar, educada y urbana.” La guardia de seguridad se sentó más recta en la silla, su cara sosegada y confiada, sus ojos todavía cerrados. “Me gustaría que nos contaras cosas sobre Gibrahl desde tu propio punto de vista, si no te importa. ¿Te parece bien?”

Asintió, humedeció los labios, y levantó una mano en el inicio de un gesto.

“Muy bien. Empezarás a hacerlo cuando cuente hasta tres,” le dije. “Oh, y una cosa más. Tú no eres humana, tú eres una perra búfalo. Uno... Dos...”

“¡ALTO!” Un arcón de una de las mesas traseras se había levantado. Le reconocí. Era uno de los habituales; había venido al menos a una de mis actuaciones cada día desde que había llegado, siempre sentado en la misma mesa, siempre observando con absoluta atención. Había sido un voluntario bastante bueno para ser un arcón. Se llamaba Loyoka, y ahí estaba apuntando un arma hacia mí. La mayoría del público se reía, creyendo que era parte de la actuación. Yo sabía que no.

“Todos en el escenario están bajo arresto,” continuó. “No se muevan. Cooperen y no serán heridos.”

Loyoka se abrió paso hasta el escenario. Sus largas piernas le permitieron subirse a la plataforma sin esfuerzo. Me quedé quieto enseguida que vi el brillo de su puntero láser. Se acercó a la guardia de seguridad, se agachó hasta que estuvieron a la misma altura y preguntó “¿Es usted una perra búfalo?”

Hubo un murmullo de risas desde el público; muchos todavía creían que el arcón era parte de la representación. La mujer no le respondió. No podía responder. La única voz que podía oír en aquel momento era la mía. Loyoka se lo imaginó enseguida y se volvió hacia mí. “¿Porqué no habla? Usted dijo que era capaz de hablar”

“No he acabado de contar,” dije. “No seguiré las instrucciones hasta que yo lo haga.”

“¡Tres!”, dijo el arcón, con la mirada fija en la guardia de seguridad. No pasó nada. Más risitas desde el público. “Dígalo usted,” me dijo sin girarse.

“Tres,” suspiré, y la guardia abrió los ojos, sonrió abiertamente, y asintió a escasos centímetros de la cara del arcón.

“¿Es usted una perra búfalo?”, repitió Loyoka.

“Oh, sí, claro,” afirmó la guardia. “Nací aquí en Gibrahl, y déjame decirte que no es una vida fácil. Es increíble que todavía esté aquí. He visto a todos mis compañeros de camada y a todos mis amigos de la infancia embarcados a otros planetas por vosotros los arcones. Sinvergüenzas, debo decir, sois unos sinvergüenzas.”

Continuó divagando, inventando una historia completa como si fuera un criatura alienígena con un cerebro no mayor que una nuez. La mandíbula del arcón caía más y más a medida que la escuchaba, con su facultad psíquica asegurándole que la humana creía cada una de sus palabras, que, a pesar de las apariencias, ella era una perra búfalo.

Diez minutos después yo estaba bajo custodia arcón sentado en una celda. Mis cuatro voluntarios fueron sacados del trance y, por lo que yo sabía, también habían sido detenidos

por las autoridades. Confiscaron mi visado para fuera del sistema solar. Cerraron el “Pequeño perrito,” pendiente del curso de una investigación. El encargado presentó una queja ante mi agente, y rellenó un formulario contra el sindicato interestelar de intérpretes en escenarios. No hay negocio como el negocio del espectáculo, especialmente cuando se trata de boicotear a alguien. Incluso en el caso de que me sacaran de este atolladero era muy improbable que consiguiera trabajar fuera de la Tierra alguna otra vez. Pero de momento ése era el menor de mis problemas.

Pasaron las horas. Pasé las primeras recordando el espectáculo, una y otra vez, intentando imaginar qué había molestado a los arcones. No podía pensar en nada. Eché unas cabezadas, y di una sacudida cuando por fin se abrió la puerta de mi celda y Loyoka entró con otros dos arcones, cada uno llevando un pequeño taburete. Se sentaron en los taburetes, los pies planos en el suelo, las largas piernas dobladas, las rodillas a la altura del hombro. Así estaban a la altura de mis ojos mientras me sentaba en la litera. Me miraron intensamente, todos ellos.

“Cuéntenos... una mentira,” dijo el de la derecha.

“¿Una mentira?”, pregunté. Mirando de una cara severa a otra. Sus ojos parecían ojos humanos, pero eso no era tranquilizador.

“Sí, señor Conroy, cuéntenos algo que no crea que sea verdad. Hágalo ahora,” dijo.

Mi mente se puso en blanco. Sólo podía pensar en el espectáculo interrumpido.

“Soy un diplomático arcón,” dije. “Tengo un plan para la ilustración humana.”

Los dos recién llegados fruncieron el ceño al oír eso. Loyoka reconoció lo dicho en el espectáculo de esa noche y los extremos de su boca subieron ligeramente. Podían sonreír.

“Está mintiendo,” dijo el de la izquierda, con el ceño tenso.

“Me pidísteis que mintiera,” y me encogí de hombros.

“Sí, y sabemos que está mintiendo. En su actuación usted les dijo a otros humanos que hicieran cosas. Esas cosas no son mentiras.”

Temblé. “Lo siento, no quiero poner las cosas difíciles, pero no sé adónde quereis llegar.”

“¿Es usted un contrabandista, sr. Conroy?” preguntó Loyoka.

“¿Si soy qué?”

“¿Es usted un contrabandista de perros búfalo? Por favor responda sí o no.”

“¡No!”, dije, sintiendo un miedo creciente.

“Pero usted convirtió a esa mujer...”, Loyoka miró un pequeño ordenador de mano, “Carla Espinoza, en una perra búfalo. Eso era cierto. Lo vi en su mente.”

“¡Pero ella no era una perra búfalo de verdad!”, sonreí. Era algún tipo de broma, ¿verdad?. Me paré. Parecían mortalmente serios.

“Lo era. Lo vi yo mismo en su mente. Ella era una perra búfalo. Una perra búfalo sin permisos, sr. Conroy.” Frunció el ceño otra vez, completando el trío. “¿Entiende la gravedad de este crimen? Hay acusaciones de que está usted intentando exportar a la Tierra una perra búfalo robada y fértil.”

La cabeza me daba vueltas. Los perros búfalo eran una de las pocas formas de vida nativa de Gibrahl, y no había nada parecido a ellos en el espacio conocido. Se asemejaban sorprendentemente a los bisontes americanos pero reducidos a un quinto de su tamaño. Eran criaturas adorables con agudas cabezas de lana y pequeñas lenguas azules que asomaban cuando balaban. Podían comer cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, y crecían. Y lo más increíble de todo, pedorreaban enormes volúmenes de oxígeno diatómico puro, lo cual les hacía asombrosamente útiles para los terraformadores. Cualquier noche en el “Pequeño perrito” al menos una cuarta parte del público eran guías, ansiosos por volver a la Tierra en la siguiente nave, un delgado portafolio de permisos de transporte bajo un brazo y un perro búfalo arropado bajo el otro. Los arcones controlaban el único origen de las bestias, y los exportaban, castrados, a diez millones de créditos la res. A ese precio el contrabando de los bichitos se había convertido en algo bastante atractivo, y se habían robado varias mascotas estériles. No era de extrañar que el gobierno arcón hubiera reaccionado con unos prejuicios extremos. Ser culpable de estar involucrado en el mercado negro de perros búfalo podía incluso acarrear la pena de muerte. Estaba a punto de ser arrollado por los bufalitos.

“Pero ella no era una perra búfalo,” protesté, medio levantándome de la litera. “No lo era, no físicamente.”

Loyoka posó una mano en mi hombro, conminándome a volver a reclinar. “Sé lo que vi en su mente. Ella era una perra búfalo. En Gibrahl, si un humano está en posesión de un perro búfalo es un contrabandista o un guía. Puedo ver la verdad en su mente, sr. Conroy. Usted no es un contrabandista.”

Se paró y miró a cada uno de sus compañeros. Asintieron silenciosamente y los tres se levantaron.

“Estamos muy preocupados por todo esto, sr. Conroy. Nos tomamos muy seriamente incluso la más leve sospecha de un crimen. Mientras usted estaba esperando hemos registrado sus dependencias. En ninguna hemos encontrado ningún cargamento perdido; usted no está acusado de robo. La única razón por la que no ha sido juzgado y condenado del cargo que quedaba es porque Carla Espinoza no es fértil.”

Esto se estaba haciendo más y más extraño. “¿Cómo lo saben?”, pregunté.

Loyoka apenas me miró. “Le hemos hecho un examen completo. Cualquier humano en posesión de una perra búfalo fértil es instantáneamente culpable de una ofensa capital. Pero, como he dicho, ella no es capaz de concebir. Las perras búfalo estériles pueden ser transportadas por los guías autorizados. Así que sólo queda aclarar todo el papeleo. Nos hemos adelantado y ya hemos marcado a Carla Espinoza y preparado los permisos para su transporte.”

Otro de los arcones me ofreció un ordenador de mano y un bolígrafo. Miré el documento y lo firmé. Habían sacado de mi cuenta todas mis ganancias en Gibrahl para cubrir los gastos y habían asignado una fianza sobre futuros ingresos por el doble de mi cuenta debido a mi nueva licencia. Ahora era un guía autorizado.

“Felicidades, sr. Conroy. Usted ha adquirido una perra búfalo sin pagar los diez millones

de créditos habituales.” No había ni una pizca de sarcasmo en su tono. Lo decía en serio.

“Pero ella ahora no es una perra búfalo, ¿no?”, dije. “Está fuera del trance, sabe quién es.”

Los tres arcones fruncieron el ceño de nuevo y se movieron nerviosamente. Dos de ellos se fueron, llevándose los taburetes, y dejando a Loyoka para pronunciar unas pocas palabras de despedida. “Admitimos que hay mucho en sus habilidades que no comprendemos,” dijo. “Está claro que anoche su sujeto sabía que era una perra búfalo, pero también es obvio que en cierta manera no lo era. Éste es un nuevo territorio para nosotros, sr. Conroy. Le vigilaré atentamente durante el resto de su estancia. Le recomiendo que sea cauteloso.”

“Puede marcharse,” dijo, manteniendo la puerta abierta para mí. “Hable con el encargado de recepción. Le devolverá su visado y le proporcionará una copia de sus permisos. También podrá recoger a Carla Espinoza.” Me señaló que fuera a la derecha y me dejó a solas. Él se dirigió a la izquierda y desapareció tras un recodo del pasillo.

Carla estaba sentada en una de las múltiples sillas interconectadas en la sala de recepción. Estaba un poco pálida pero aparentemente no le habían hecho daño. Colgando de su oreja izquierda tenía una etiqueta de dos centímetros de plástico rojo brillante. La habían marcado para el transporte. Había una mirada de enfado en sus ojos, difusa al principio, pero creciente cuando me vió. Empecé a pedir disculpas al acercarme lo suficiente para que me oyera.

“Señora Espinoza, Carla, por favor, lo siento mucho. No sabía que esto iba a suceder, tiene que creerme.”

Se levantó y me miró con odio. Era un poco más baja que yo, y veinte años mayor. Yo no tenía la menor duda de que se había pasado la mayor parte del tiempo rebotando de un puesto de vigilancia a otro. Pesaba sus buenos diez kilos más que yo, todos ellos de puro músculo. Y el brillo de sus ojos dejaba a las claras que podía machacarme tranquilamente sin ni siquiera esforzarse.

Levantó la manos, tocándose la oreja izquierda y la etiqueta de plástico. Se la soltó y me la lanzó. “Si estuviéramos en la Tierra le demandaría a usted y a sus tres generaciones siguientes por todo lo que tuvieran,” dijo. “Tiene suerte de que los arcones no permiten a los abogados aquí.”

Cogí la etiqueta y me la metí en el bolsillo. Era un souvenir caro. Le ofrecí mi chip de crédito. “No queda mucho, pero tómelo. Se llevaron la mayor parte para cubrir los costes de permiso.”

“¿Costes de permiso?”, dijo.

Sonreí ligeramente. “Se les metió en la cabeza que debido a que yo tenía una perra búfalo, y yo no era un contrabandista, tenía que ser un guía y, por tanto, me cobraron como a tal.”

Su odio se evaporó y rió. Había estado en Gibrahl el tiempo suficiente para saber cuán caros eran los permisos de los guías. Pareció que eso la satisfacía. Se guardó mi chip de crédito. “Lo dejaré correr,” dijo. “en tanto no le vuelva a ver. Si no, le horadaré un nuevo agujero. Y le dolerá tanto que un paseo por el vacío estelar será un alivio bienvenido. ¿Queda claro?”

Asentí, intentando no arrugarme. Me miró de arriba abajo y se marchó. El recepcionista sentado detrás de su mesa al fondo de la sala había contemplado toda la escena sin hacer comentarios. Parecía lívido incluso para ser un arcón. ¿Y por qué no? La había escuchado y sabía que ella decía la verdad. Recogí mi copia de la documentación y me fuí.

Guiándome por la posición de la pálida estrella de Gibrahl era casi mediodía. No tenía nada que hacer, ni dinero que gastar, y un día entero hasta que mi nave partiera de vuelta a la Tierra. Me encaminé hacia el espaciopuerto, confiando en conseguir algo de comida a cambio de unos cuantos trucos de charlatán hipnotizador, cuando un hombre con una traje rabiosamente nuevo me cerró el paso. Mi primer pensamiento fue que el amo del “Pequeño perrito” me quería ver a pedacitos, pero aquel tipo era demasiado bajito para ser un matón, demasiado remilgado. Era limpio, bien arreglado, el típico niño mimado graduado en un curso online de cualquier universidad lujosa. No soy un tío duro, pero comparado conmigo él era un alfeñique.

Tardé un momento, pero le reconocí de una de mis actuaciones. Le había hipnotizado. Era un empresario, un encargado del papeleo para el transporte de los perros búfalo a la Tierra. Había estado en el “Pequeño perrito” el día de mi primera representación, era uno más de un grupo de empresarios y sus clientes potenciales. Había hipnotizado a la mitad de la gente en esa mesa. Los clientes se lo habían pasado en grande y este tipo me había dadp una generosa propina para mostrarme su agradecimiento. Incluso un pequeño porcentaje del tráfico de perros búfalo de Gibrahl se convertía en vastas cantidades de dinero. Se podía permitir regalar grandes propinas y vestir trajes nuevos.

“Sr. Conroy,” dijo el regalador de propinas, “lamento contactar con usted de una manera tan directa, pero me urge hablar con usted. Tengo una proposición.”

Sólo cuando crees que las cosas no pueden empeorar, aparecen los mafiosos de las corporaciones. Perfecto. “Lo siento, estoy cansado y hambriento, no estoy de humor para lo que sea que esté vendiendo,” le dije.

Insistió. “Sr. Conroy, me llamo Jensen. Por favor, escúcheme. ¿Qué le parece si nos sentamos tranquilamente en una mesa de La Pampa? Pago yo, por supuesto. Podrá comer bien, relajarse, y después de oír mi oferta si no le interesa, bueno, pues eso será todo.”

Me quedé quieto. La Pampa era el único restaurante de cinco estrellas en Gibrahl. Eso le situaba dos estrellas sobre cualquier otro local en la ciudad. Sólo el precio de los aperitivos se hubiera llevado el sueldo de una semana. Deslicé un brazo sobre su hombro y dibujé una sonrisa cansada. “Sr. Jensen, si usted paga, soy todo oídos.”

Eso pareció aliviarle y me acompañó hasta La Pampa. El maitre se fijó en mi inapropiada chaqueta, pero en breve estuve sentado en una mesa elegante disfrutando de una amuse-guele de cucuruchos de patata cubierta por una crême fr&acric;iche, salmon, y caviar, y degustando el vino más delicado que podía imaginar. Mis preocupaciones se evaporaron pero mantuve un ojo alerta a mi anfitrión. Estaba a punto de descubrir sus cartas.

Fiel a su palabra, me dejó comer tranquilo antes de empezar su oferta. Yo ya estaba acabando mi primer plato (fríjoles aderezados con panecillos de antílope, champiñones y frambuesas salvajes) cuando sacó del bolsillo de su chaqueta un ordenador de mano.

“Sr. Conroy, permítame ir al grano. Mis superiores del Consorcio Wada están al cargo de su reciente cambio de fortuna, y las desgraciadas circunstancias a que le han llevado, sin que usted sea responsable. Nos gustaría ayudarle, si usted nos deja. Queremos contratarle.”

Casi se me atragantó el vino cuando dijo eso. Posé el vaso y me sequé los labios con la servilleta. “¿Necesita un hipnotizador, señor Jensen?”, dije.

“No, sr. Conroy, necesitamos un guía. La empresa a la que represento se ha comprometido a enviar treinta-y-dos perros búfalo desde Gibrahl en la nave de mañana. Ya se han vendido por adelantado y hemos garantizado su salida. El gobierno arcón sólo permite un perro búfalo por guía autorizado, y de momento sólo tenemos treinta-y-ún guías disponibles.”

Le miré extrañado, “entonces, ¿por qué se comprometieron a vender 32 bufalitos?. Y me tragué otro bocado de panecillos.

Jensen suspiró. “Porque hasta ayer por la tarde teníamos 32 guías, sr. Conroy.”

Y en ese momento recordé la ejecución del contrabandista. Dejé mi tenedor. Mi apetito había desaparecido. La mascota número 32 le había costado diez millones de créditos a alguien allá en la Tierra, y la sanción por no entregarla le costaría al menos la mitad más a la compañía de Jensen.

“Soy un hipnotizador. No sé mucho sobre perros búfalo o ser un guía,” le dije.

“No hay mucho que saber, sr. Conroy. Los perros búfalo requieren muy pocos cuidados. Todo lo que hace un guía es llevar la criatura a la nave y permanecer con ella en su camarote. Durante el viaje a la Tierra sólo hay que comprobar los reguladores atmosféricos de la habitación para prevenir el exceso de oxígeno acumulado. Y a la llegada se entrega. Estoy seguro de que eso está dentro de sus capacidades.”

“¿Por qué no contrata a algún otro para el procedimiento de permisos?”, pregunté.

“Conseguir una licencia tarda cinco años, sr. Conroy. Francamente, estamos sorprendidos de que usted haya adquirido un permiso, pero no nos importa. Por la razón que sea, los arcones le consideran ahora un guía, y ellos son los únicos a quienes tenemos que gustar para llevar ese perro búfalo número 32 a la Tierra.”

Deslizó un ordenador de mano por la mesa. En la pantalla brillaba un contrato. “Estoy dispuesto a ofrecerle una compensación por la cantidad de cien mil créditos a cambio de actuar para nosotros como guía.”

Eso era mucho dinero, especialmente desde que estaba arruinado y a punto de que me apuntaran en la lista negra. Pero aún así..

“¿Esa es la tarifa estándar de un guía?” Asintió. Yo reflexioné, simulaba leer el contrato mientras me estrujaba el cerebro, intentando recordar la primera actuación que hice en Gibrahl. Miré los panecillos en mi plato y me acordé. Egipcio especiado. Me apoyé hacia delante y susurré, “Jalapeño Osiris.”

Jensen se hundió en su silla, con los ojos cerrados. Metí una mano en su chaqueta y encontré su cartera. La ojeé y comprobé su ID corporativo para saber su nombre, así como las cuentas de su empresa y sus chips de crédito personales. Ken tenía mucho crédito a su disposición.

“¿Me oyes, Ken?”

“Sí, le oigo.”

“Bien. Somos muy amigos, ¿verdad? Nos lo contamos todo. No hay secretos entre nosotros, Ken. Ningún secreto. ¿Me entiendes?”

“Sí,” murmuró.

“Dime, ¿cuál es la tarifa normal de un guía, uno que lleve perros búfalo de Gibrahl a la Tierra para tu compañía?”

“Quinientos mil créditos,” dijo sin dudar.

“Y tú me ofreciste sólo una quinta parte, Ken. ¿Es esa manera de tratar a los amigos? ¿Por qué lo hiciste?”

Jensen se encogió de hombros, a pesar de tener los ojos cerrados parecía avergonzado. “Imaginamos que no lo sabrías y que te contentarías con cien mil.”

“Quizás tengas razón, Ken. Hoy no ha sido mi día. Pero está mejorando. Cuando cuente hasta tres vas a cambiar de intención, Ken. Vas a pensar que no quieres engañarme. Te darás cuenta que te estoy salvando el trasero, y vas a reescribir el contrato por los quinientos mil completos. Además me darás tu chip de crédito corporativo, sólo para que tenga algo de dinero que gastar hasta que me vaya. ¿Entiendes?”

“Sí, entiendo.”

Devolví la cartera a su lugar, me volví a sentar, y conté hasta tres. Ken Jensen parpadeó rápidamente y se sentó rígidamente, como quien ha echado una cabezadita y mira alrededor para ver si alguien se ha dado cuenta. Yo estaba mirando el ordenador de mano, fingiendo estudiar el contrato y meneando la cabeza. “No estoy seguro...”

“A ver, démelo un momento,” dijo. “Creo que puedo endulzar el acuerdo. Nos está sacando de un aprieto, así que mejor si quedamos en quinientos mil, ¿no?” Hizo los cambios en el contrato y me lo ofreció. Su chip de crédito corporativo estaba sobre el ordenador de mano.

“Sr. Jensen, ya tiene un guía.” La mirada desde el otro lado de la mesa era de satisfacción y alivio. Me esforcé en evitar que mi cara reflejara las mismas emociones.

Jensen me dejó disfrutar del resto de la comida, pero no antes de que trazara el plan. Yo tenía que presentar mi permiso de guía en cualquiera de las instalaciones registradas arcones, donde sería libre de escoger el perrito que quisiera. Antes de embarcar de vuelta a casa tendría que mostrar otra vez mis credenciales y ser interrogado por un oficial de aduanas arcón. Y entonces, listo, quinientos mil créditos al llegar a la Tierra.

Lo confieso, me demoré al comer los siguientes platos. Aprecio lo bastante la comida para saber que una buena degustación requiere su tiempo. Jensen ya había pagado la comida, y yo usé el chip corporativo para añadir una propina antes de irme. Mi nueva profesión me llamaba. Estaba preparado para empezar una nueva vida como guía.

No me importaba de dónde conseguir el bufalito, aunque muchos guías tienen todo tipo de supersticiones al respecto. Mi nave salía a la una de la noche, así que me quedaban unas diez

horas para rellenar. Me tomé mi tiempo y decidí disfrutar de un buen paseo después de una fabulosa comida. Había poca gente caminando. Pasaron a mi lado varios guías, identificables gracias a los perritos arropados confortablemente en sus brazos. Al final encontré el camino a la instalación de perros búfalo más lejana a la aduana del espaciopuerto. Me paré enfrente del mostrador y un arcón me miró brevemente y con aspecto aburrido desde dentro.

“¿Es usted un guía?”, preguntó, apenas mirándome.

“Por supuesto,” respondí, y asintió, viendo la verdad de mi afirmación tan obvia como la luz del día.

Había unas breves escaleras hasta el area de contención y un caos absoluto esperándome allá abajo. Miles de perros búfalo estaban pedorreándose, ladrando, y vagando, llenaban un foso tan grande como una piscina olímpica. Unas señales holográficas advertían del peligro de extrema combustibilidad, y los sonidos de los cansinos ventiladores añadían un constante ruido de fondo. Los bufalitos hacían cabriolas, incapaces de escalar la profundidad de menos de un metro del foso, aunque podían ver los alrededores. Se acercaban impacientes a cualquiera, humano o arcón, que se asomara al perímetro. Los humanos, una docena más o menos, eran guías. Observé cómo iban y levantaban una criatura tras otra. El proceso de selección parecía que consistía en inspeccionar al perro búfalo pesándolo al tomarlo en uno y otro brazo, escudriñando sus ojos, y comprobando la sombra de su lengua azul. Un ritual supersticioso, pero observado de manera meticulosa. Al final, cada guía elegía un perrito y lo llevaba a un arcón disponible para inscribirlo.

Después de observar unas cuantas variaciones del mismo proceso seguí el ejemplo. Un perrito muy entusiasmado me vió cuando me acercaba al límite de su cercado y se abrió paso entre las mascotas más cercanas, desesperado por llegar a mí. Le escogí. Era mono. Realmente adorable, pero por quinientos mil créditos podía ser tan feo como el pecado y yo hubiera hecho el trabajo igual.

“Ven aquí, pequeñín,” le dije, sin resitirme a hablarle como si fuera un bebé, “tú serás tan bueno como cualquier otro.” Pedorreó algo de oxígeno, baló y sacó su minúscula lengua. Azulada. Por mí perfecto. Busqué con la mirada a un arcón que no estuviera ocupado, vi a una y me acerqué a ella.

“¿Es usted un guía?”, preguntó, su tono era sólo ligeramente menos aburrido que el del tipo de la entrada.

“Soy un guía,” dije, “El Increíble Conroy, Guía Maestro, a su servicio.” No pareció en absoluto sorprendida.

“¿Y éste es el perro búfalo que ha elegido?”

“Exacto,” dije. “¿Puedo ponerle nombre?”

Se encogió de hombros. “Ésa es la costumbre, señor. Le prepararé las etiquetas cuando haya verificado la salud del animal y le administre un agente esterilizador.” Tomó al perrito de mis manos y metió un escáner médico entre su piel.

“Pues la llamaré Regina. Regina Catherine Alyosious Nantucket Bitter Almonds St. Croix. ¿Qué opina? ¿Es demasiado largo?” Ésa era mi manera de ser medio-millonario, bien alimentado y de gran humor.

La arcón frunció el ceño. “Le recomendaría un nombre más masculino, señor. Ha seleccionado un macho. Está en excelente estado de forma, pero si prefiere una hembra es libre de devolverlo y coger otro para su verificación y esterilización.”

Me encogí de hombros. “¿Y qué importa el nombre? No, éste es perfecto, le llamaré Reggie. Continúe, puede castrarlo y etiquetarlo.”

Meneó la cabeza. “Me limitaré a etiquetarlo, señor, sólo las perras búfalo son esterilizadas.” Me devolvió el perrito. “Si viene por aquí, prepararé las etiquetas de Reggie.”

Cinco minutos después salía con Reggie confortablemente colocado en mi brazo izquierdo y el disco de plástico azul de su nueva etiqueta colgando graciosamente de su oreja izquierda. El papeleo no había durado más de un cuarto de hora. Había un largo trecho hasta el espaciopuerto, y más de una vez tuve la sensación de que alguien me seguía. Me dirigí a la aduana y enseguida reconocí al oficial. Era el arcón más gordo que jamás había visto, y sólo por esa razón le había subido al escenario durante mi primera semana. Fue un sujeto fácil y le había gustado la experiencia. Después de la actuación vino al camerino y me estrechó la mano, algo que los arcones nunca hacían. Pero lo hizo otra vez cuando fue mi turno en la aduana, y añadió la segunda sonrisa que jamás había visto en un arcón. Estaba ante un fan.

“Sr. Conroy, lamenté mucho saber de sus recientes problemas con las autoridades,” dijo. En la pequeña ciudad de un kilómetro cuadrado los rumores viajaban a la velocidad de la luz, y un cotilleo sobre perros búfalo podía ser incluso más rápido. “Pero ha salido con buenas por lo que veo. Será un placer tener el privilegio de prepararle la documentación. Éste es su primer viaje como guía, ¿no?”

Rebusqué en mi memoria de nuevo, usando los trucos mnemotécnicos que me permitían recordar las miles de palabras clave y sus respectivos sujetos hipnotizados. “Gracias, y creo que será el último. Yo en realidad soy un hipnotizador. Sergilo, ¿verdad?”

Sonrió, adoptando una pose más rígida y envarada como si le hubiera nombrado padrino del Príncipe de Gibrabl. “Exacto, sr. Conroy. Me halaga que se acuerde de mí. Bueno, arreglemos los permisos y no nos retrasemos más. Tengo que hacerle unas cuantas preguntas y después ya podrá embarcar. ¿Preparado? ¿Es usted un guía autorizado? ¿Obtuvo este perro búfalo de la manera prescrita y legal? ¿Y es éste el único perro búfalo que va a transportar? Responda sólo “sí” o “no,” por favor.”

Contesté que sí tres veces. El arcón mantuvo contacto visual conmigo y asintió a cada respuesta, confirmando la verdad en mi mente. Sonreí abiertamente y le pregunté, “¿No va a preguntarme si la criatura es estéril?”

Negó con la cabeza, “No hace falta, sr. Conroy. Usted lleva un macho.”

“¿Y cómo puede saberlo tras toda esta piel?”

“Etiqueta azul. Azul para los machos, roja para las hembras.”

“Un sistema práctico,” dije.

Miró mi visado y consultó un calendario. “Su nave no parte hasta la una de la noche, así que tiene bastante tiempo para aponsetarse. Estaré aquí trabajando hasta medianoche por si me necesita para lo que sea. Y si no le vuelvo a ver, bueno, pues tenga un fantástico viaje de

vuelta a casa, sr. Conroy.”

Pocos minutos después estaba en mi camarote de la nave Bucéfalo. El camarote de clase económica que había compartido con otros tres viajeros a la ida había sido sustituido por uno más espacioso y reservado, del tipo de los usados normalmente por los guías, cortesía del sr. Jensen y el Consorcio Wada. Eso incluía un redil y una camita para Reggie así como controles atmosféricos especiales para asegurar que sus flatulencias no causaran problemas.

Habían embargado mi equipaje cuando las autoridades cerraron el “Pequeño perrito” y parece que lo habían liberado cuando me dejaron ir. Jensen se había encargado de que me lo enviaran y de que todo estuviera en su lugar cuando yo llegara a la nave. Reggie se acomodó en su redil, pedorreándose felizmente, y yo me acosté en mi cama para repasar lo sucedido. Estaba a punto de ser más rico de lo que merecía, aunque probablemente estuviera en la lista negra para volver a actuar nunca más. Eso me fastidiaba. Le acababa de decir a un arcón que no iba seguir siendo un guía, que yo era un hipnotizador. Pero es que quinientos mil créditos por cada perrito era tentador. Me pregunté qué tipo de vida era la de un hipnotizador. Comparé dos imágenes en mi mente, guía e hipnotizador, contrastándolas. Y me vino a la cabeza una idea. Era una apuesta arriesgada, pero combinaba lo mejor de los dos mundos, si no me ejecutaban.

Me levanté de la cama y comprobé el estado de Reggie. Se había dormido acurrucado en una sabana. Me metí en el estrecho lavabo del camarote, me observé en el espejo. Creé una nueva palabra clave y empecé a llevar a cabo mi idea.

Media hora antes de medianoche salí del Bucéfalo y me dirigí a la instalación de perros búfalo más cercana. Ésta, apenas a una manzana del espaciopuerto, era incluso más grande que la última que había visitado. Era como un vasto almacén de bufalitos con humanos y arcones vagando por allí. Intenté no parecer nervioso, e imaginé que mientras no mintiera todo iría bien. Presenté mis acreditaciones en la puerta, confirmé que era un guía, y ya estuve dentro. Tenía poco tiempo y no estaba para remilgos. Había docenas de pequeños rediles, con los perritos asignados en cada uno por combinaciones de altura, peso, color de la lengua, etc... Busqué a uno que fuera del mismo tamaño que Reggie, lo recogí y me dirigí a un arcón disponible en la parte más alejada de los rediles.

“¿Es usted un guía?”, me preguntó, y asentí con la cabeza. “¿Éste es el perro búfalo que usted ha elegido?” Asentí de nuevo. “Bien, démelo, por favor.” Manejó su escáner médico con aburrimiento profesional, estudió el resultado y me devolvió el bufalito. “Ha hecho una buena elección. Se encuentra en perfecto estado. Déme un momento para administrarle un agente esterilizador y se la podrá llevar.”

“¿Es una hembra?” dije, fingiendo parecer decepcionado. “Lo siento, yo quería un macho. Hoy es viernes, ya sabe, un mal día para las hembras. Voy a devolverla.”

El arcón me despidió con un encogimiento de hombros, probablemente ya había oído de los guías las más extrañas supersticiones. Ni siquiera me miró una segunda vez cuando fuí con la perrita a los rediles, ya tenía trabajo que hacer. Así que me dirigí a los rediles pero no me paré a sustituirla, sino que caminé hacia la salida, esforzándome por mantener un ritmo natural y sin prisas. Nadie me paró y en un instante estaba ya en la calle sin problemas. Ahora era un contrabandista.

La vuelta al espaciopuerto fue la manzana más larga que haya tenido que caminar nunca. La sensación de estar siendo vigilado volvió, y cuando giré una esquina vi de reojo a dos arcones. La frase clave me vino a la mente, pero era demasiado pronto para usarla. Sería inútil

hasta medianoche. Cogí la etiqueta roja de mi bolsillo y se la coloqué a la oreja izquierda de la perrita. De acuerdo con la etiquera ahora ella era Carla Espinoza. Entré en el espaciopuerto, me detuve en un pequeño pub y tomé asiento con un premeditado aspecto cansado. Gran parte de la clientela eran guías, cada uno de ellos con un bufalito bajo el brazo. Disfrutar de un trago antes de embarcarse de vuelta a la Tierra era toda una costumbre para los guías. A favor de la facultad psíquica de los arcones hay que decir que los trámites en la aduana eran rápidos y eficientes. Los hubiéramos pasado todos en menos de diez minutos. Bueno, quizás no todos. Era un poco antes de medianoche y Sergilo, mi gordo y amistoso arcón, estaba todavía de guardia y me reconocería. Pedí una cerveza sobrevalorada, lo cargué a la cuenta del chip del Consorcio Wada y me dispuse a dejar pasar una media hora sólo para estar seguro. Estaba con mi segunda cerveza cuando cuatro arcones entraron al pub. Uno de ellos era Loyoka.

“¡Dejen sus perros búfalo y apártense de la barra!”

Ninguno de los otros guías en la estancia parecieron alarmados en absoluto. Los que estaban en la barra bajaron a sus perritos y colocaron sus brazos en alto mientras se separaban de la barra. Yo hice lo mismo, deslizándolo un bol de cacahuets bajo el hocico lanudo de Carla Espinoza para tenerla contenta. Era el momento. “Spumoni Heimdahl,” susurré en voz baja. Parpadeé y casi tropecé. Había pasado algo, pero no estaba seguro de qué.

Ignorando a los otros guías, Loyoka vino a mí. “Le dije que le estaría observando, sr. Conroy. ¿Este es su perro búfalo?”

“Sí,” respondí. Su mirada no abandonaba la mía. “Aunque supongo que técnicamente pertenece al Consorcio Wada. Yo sólo soy un guía.”

“¿El mismo Consorcio Wada que recientemente empleó un guía que fue condenado por contrabando? ¿No le parece una curiosa coincidencia, sr. Conroy?”

“En realidad, no,” dije. “Ese guía fue ejecutado. Ellos necesitaban otro rápidamente y yo estaba disponible. No veo nada extraño en todo esto.”

Me apartó de la barra y levantó al perro búfalo, fijándose en la etiqueta de su oreja. Ella, perpleja, se pedorreó cuando él le retiró su bol de cacahuets.

“¿Y ésta es Carla Espinoza?” Agrandó sus ojos.

“Sí, claro,” dije, devolviéndole una mirada burlona.

“¿Ésta es la mujer que estaba en el escenario durante su última actuación?”

Reí. “No, esto es un perro búfalo que escogí de una de las instalaciones. Yo sólo le puse el nombre de aquella mujer.”

Entonces gruñó y me lanzó la perrita a mis brazos. “Pues ojalá pase por la aduana sin problemas, sr. Conroy, no me gustaría que perdiera su nave.” Hizo una señal con la cabeza a los otros arcones a cada lado y detrás mío y nos marchamos todos juntos.

Ya había pasado medianoche y la oficial de la aduana era una arcón baja y atractiva, casi parecía humana. El nombre de Sergilo me vino a la cabeza mientras esperaba, pero no supe por qué. Estaba bastante seguro de que no la conocía; al fin y al cabo, no todos los arcones

habían venido a mis actuaciones. Cuando llegó mi turno le mostré mi acreditación de guía.

Ella miró la acreditación, me miró a mí, y luego a Loyoka y sus amigos. Loyoka se situó a su lado para verme mejor. “Sr. Conroy,” dijo, leyendo mi nombre en la licencia, “tengo que hacerle tres preguntas. Por favor, responda sólo “sí” o “no.” ¿Es usted un guía autorizado? ¿Obtuvo esta perra búfalo de la manera prescrita y legal? ¿Y es ésta la única perra búfalo que va a transportar?”

“Sí, soy un guía autorizado. Sí, he adquirido esta perrita apropiadamente, y sí, ésta es la única perra búfalo que voy a transportar.”

Loyoka me observó, en su cara asomó una expresión de sorpresa y asombro. La encargada de la aduana asintió e hizo gesto de dejarme pasar, pero Loyoka me retuvo cuando iba a entrar, cogiéndome por un brazo.

“Una pregunta más, sr. Conroy, si no es molestia,” dijo. Sus ojos adentrándose en los míos. “¿Es usted un contrabandista, sr. Conroy? Sí o no.”

Irritado, me zafé de su mano. “Ya me lo ha preguntado antes. No soy un contrabandista.”

Parpadeó y se volvió a los otros arcones que había traído. Sus tres cabezas se movieron ligeramente con gestos afirmativos y Loyoka se giró hacia mí. “Mis disculpas, sr. Conroy, parece que le he juzgado mal. Por favor, entienda que no había mala intención.”

“De acuerdo, sólo estaba cumpliendo con su trabajo. Bueno. ¿Hemos acabado ya?”

“Completamente. Buen viaje, sr. Conroy.” Y al decir esto se giró y se marchó, con sus tres arcones tras suyo. La oficial de la aduana me miró perpleja y señaló a la siguiente persona en la cola. Me volví, y con Carla Espinoza recostada sobre mi brazo, embarqué en la nave.

Me dirigí al camarote que tenía asignado y entré. Mi primera impresión fue que me había equivocado de lugar. O quizás algún otro guía se había aposentado erróneamente en mi camarote. Fuera por lo que fuera, ya había un perro búfalo en la habitación, bien asegurado en una improvisada camilla de aceleración en su redil. Me giré para salir de allí y vi una señal hecha a mano que no había notado antes porque estaba en la parte interior de la puerta. En grandes pero delgadas letras se podía leer SPUMONI HEIMDAHL. Parpadeé, sintiendo unos momentos de vértigo, y supe de repente que, después de todo, estaba en la habitación correcta. Cerré la puerta y dispuse los controles atmosféricos del camarote en sus valores por defecto.

Horas después, cuando el Bucéfalo ya estaba de camino a la Tierra, una de las instalaciones de perros búfalo descubrió que le faltaba una perrita. Y mientras, Reggie y Carla se llevaban bastante bien, haciendo su parte entusiasmados para asegurar la primera camada de mascotas búfalo nacidas fuera de Gibrahl. Para un guía, Reggie costaba quinientos mil créditos. Para un contrabandista, llevar un bufalito extra valía diez millones. Pero yo soy un hipnotizador, y estaba trayendo a la Tierra la primera perrita búfalo fértil y, en breve, preñada. Supuse que podría disponer el precio que quisiera. Esto es el negocio del espectáculo.

Fin